

La Resurrección, en la pintura del Greco

El tema alcanza con ella su máxima expresión sobrenatural

Es el Greco el pintor de una España mística, cuyo arte se apoya tanto en el sentimiento como en el color y el dibujo. Y fue precisamente ese misticismo hispánico de la época el determinante de la apasionada espiritualización de sus cuadros, con un lenguaje pictórico espiritualmente expresivo, que desbordó los límites habituales de las formas para alargadas en ritmo ascensional como manifestación plástica del anhelo de alcanzar a Dios. Sacrificó a la española, como el caballero Don Quijote —en frase de Maurice Barrés— las cosas y sus relaciones reales en aras de un afecto más noble. Y, al romper las ligaduras interpretativas del arte de su tiempo, se anticipó en varios siglos a las inquietudes pictóricas de nuestra época; pero conscientemente, con una idea clara de su camino, que le hizo decir —para escándalo del pintor Sevillano Pacheco, cuando fue a visitarle a su taller de Toledo— que "Miguel Angel no supo pintar". ("¿Quién creará —contaba después, asombrado, Pacheco— que Dominico Greco trajera sus pinturas muchas veces a la mano y las retocara una y otra vez para dejar los colores distintos y desunidos y dar crueles borrones para afectar valentía?").

El tema más propicio para esta característica de la pintura del Greco —espiritualidad, mediante alargamientos ascendentes— había de ser, por su propio concepto, el de la Resurrección. Sobre este asunto, una de sus interpretaciones más admirables es la que se conserva en el Museo del Prado; un lienzo de 2,74 por 1,27 metros, que el genial artista pintó hacia el año 1598. En la parte superior, siguiendo una línea vertical que divide la composición en dos espacios iguales y cuya línea determina también el cuerpo de la figura derribada del primer término, Cristo se eleva triunfante, con majestuosa ingravidez. Y la armoniosa maravilla de su contorno, solemnemente natural, contrasta con el dinamismo de los que pretenden alcanzarle desde tierra, ya con ademanes amenazadores y el inútil poder de sus espadas o con las miradas de asombro y los esfuerzos desesperados.

Carl Justi, hace casi un siglo, escribió del Greco esta censura que, ante la evolución de la pintura que ha llegado

a producirse hasta nuestros días, parece una alabanza en nuestra interpretación: "Parece mover el pincel bajo el agobio de una pesadilla, para mostrarnos como una revelación los incubos deformes de su calentamiento cerebral. Con dedos febriles retuerce sus modelos, dándoles una longitud de doce cabezas, y se lanza a acuchillar bárbaramente el lienzo, sin modelado ni contornos, en un sólo plano,

pero en un sorprendente alineamiento simétrico, con azul marino y amarillo de azufre —como colores favoritos—, y después sólo con blanco y violeta negruzco". Un vigor plástico, tan extraordinario, efectivamente, que dio al mensaje artístico del Greco trascendencia de futuro, para que el eco de su genialidad llegara a nuestros días como savia renovadora de la concepción pictórica.



ARTE

Una página de CAYETANO MOLINA

LOS OJOS DE PICASSO



El mucho se había escrito ya sobre la vida y la obra de Picasso, ambas cosas se han vuelto a difundir ampliamente estos días con motivo de su muerte hasta restar interés a las repeticiones. Por ello, nuestra página de arte se limita a evocar la figura del pintor malagueño en estos momentos de su definitiva partida con los versos de Rafael Alberti, que muy bien definen la trascendencia de su genialidad pictórica: "Los ojos de Picasso":

Siempre es todo ojos.
No te quita ojos.
Se come las palabras con los ojos.
Es el siete ojos.
Es el cien mil ojos en dos ojos.
El gran mirón como un botón marrón y otro botón.
El ojo de la cerradura por el que se ve la pintura.
El ándate con ojo cuando te muerde con los ojos.
El que nunca te mira de refojo.
El ojo de la aguja que sólo ensarta cuando dibuja.
El que te clava con los ojos en un abrir y cerrar de ojos.
El ojo avizor, agresor, abrasador, inquisidor.
El ojo amor.
El ojo en vela, centinela, candela, espuela, el que se rebela y se revela.
No pega los ojos.

No baja los ojos.
Te saca los ojos.
Te salta los ojos y te deja manco o te deja cojo.
Luego te compone y te descompone, la nariz te quita, luego te la quita o te pone dos.
Ojos animales, letales, mortales, umbilicales, Ojos cataclismo, temblor, terremoto, maremoto, abismo, flor.
Ojos toro azul, ojos toro negro, ojos toro rojo.
Ojos.
Son el con y el sin, son el sin y el con.
Con esto y sin esto, traspuestos y opuestos, denuestos, molestos, el sumo y el resto.
El mundo, tranquilo, pendía de un hilo.
El le partió el hilo.
Y el desbarajuste de la gran baraja cortó con su filo su pincel navaja.
Salta el mundo, vuela, hecho añicos, canta, relincha, arde en vela, se espanta.
¡Fuera esos ojos!
¡Quítame esos ojos!
¡Quién trajo esos ojos?
Yo quiero ser flor, pero soy un pez.
Yo quiero ser pez, pero soy manzana.
Quiero ser sirena, pero soy un gallo.
Quiero ser la noche y soy la mañana.
Maten esos ojos, virojos, pintojos.
Aquí la matanza, aquí la esperanza, el fusilamiento, el derramamiento, la paz, la bonanza.
Vivan esos ojos.
Luz para esos ojos.
Líneas y colores para esos dos ojos.
Todo el mundo para esos ojos.
El cielo entero para esos ojos.
La Tierra entera para esos ojos.
La eternidad para esos ojos.

El nazareno, personaje pictórico en la Semana Santa

Con la Semana Santa el nazareno domina en las calles murcianas con carácter de primera figura. Su extraña silueta encapuchada es tan normal en el ambiente, tan entrañablemente popular su presencia, que los festejos primaverales tienen en lo religioso su simbolismo conmorativo con el nazareno.

La galería Chys ofrece estos días un homenaje pictórico a este personaje tradicional, que describió Fernández-Delgado —el inolvidable amigo, fundador de la sala— con singular donaire: "La filigrana de su prosa: "Este nazareno, portaestante, murciano, es bella estampa, mezcla de varón y mito. De abierta flor y estatua milenaria. Heredado el puesto —desde el "cabo de andas" hasta el último "estante"— el hombre que agarra la mañana o la

noche por la punta y se la echa al hombro con unos cientos de kilos y la lección tallada de la Pasión de Jesús, tiene en este paisaje barroco que adaptarse, mimetizándose, haciéndose también aroma vegetal y curva retorcida Adorno y reciedumbre".

Los artistas que han dedicado sus pinceles a la representación plástica del nazareno son, por el orden alfabético del catálogo, Alarcón Felices, Aurelio Pérez, Manuel Avellaneda, Baldo, Mariano Ballester, Antonio Ballester, Francisco Cánovas, Andrés Conejo, Pedro Flores, Luis Garay —de quien es la obra que reproducimos en estas columnas—, Garza, Lapayese, Martínez Lax, Medina Barón, Molina Sánchez, Muñoz Barberán, Benjamín Palencia, José María Parraga, Gregorio Prieto, Amador Puche, Blas Rostique —que, por cier-

to, también repite el tema con reiteración y singular acierto en la exposición individual que celebra en la sala municipal de la plaza de Santa Isabel—, Sánchez Borreguero y Francisco Serna.

Especial mención merece en esta muestra la presencia artística de Baldo; tanto por lo que supone de novedad la exhibición de sus obras en una muestra como por el magisterio y la gracia singular de estos dibujos, en los que existe tanta destreza profesional, tanta espontaneidad y fluidez en los trazos, como sentido poético y agudeza interpretativa. Los demás artistas cumplen también con el tema de acuerdo con las características de sus respectivos estilos, sobresaliendo las aportaciones de Benjamín Palencia, Molina Sánchez y Mariano Ballester.

